



## Midiendo la felicidad

*"Necesito pocas cosas, y las pocas cosas que necesito las necesito muy poco."*

SAN FRANCISCO DE ASÍS

¿Qué pueden tener en común Simon Kuznets, economista ruso-estadounidense, y Jigme Singye Wangchuck, rey de Bután? A primera vista, muy poco. El primero nació en Rusia y a los 20 años se mudó a Estados Unidos, en donde finalizó sus estudios de Economía en la Universidad de Columbia. El segundo nació en Bután, y a la edad de 19 años fue coronado como rey de su pequeño país en los Himalayas. Sin embargo biografías tan opuestas han tenido un punto en común: ambos se preocuparon por medir el bienestar de la gente, claro que de maneras ciertamente diferentes. Mientras Kuznets es conocido por ser el creador de lo que se conoce como Producto Bruto Interno (PBI), Wangchuck inventó la no tan conocida Felicidad Bruta Interna (FBI). Ambos sirven como unidades de medida para comparar la situación de los diferentes países del mundo, pero mientras el primero lo hace mediante indicadores macroeconómicos tales como el crecimiento económico y la distribución del ingreso, el segundo apela a indicadores más psicológicos

como la promoción del desarrollo igualitario, la preservación de valores culturales, la conservación del medio ambiente, y el establecimiento de un buen gobierno. Uno es conocido por medir básicamente la producción; el otro, el desarrollo espiritual.

Sin entrar en consideraciones acerca de la pertinencia de la aplicación de uno u otro, resulta curioso observar que los países que encabezan el ranking de los PBI más altos no suelen aparecer entre los primeros del ranking de la felicidad. En otras palabras, todo parece indicar que la felicidad nos es proporcional a la riqueza económica, un fenómeno conocido como la "Paradoja de Easterlin" (por su creador Richard Easterlin). En definitiva y como es lógico suponer, para gente diferente la felicidad puede depender de cosas diferentes. Infinidad de encuestas realizadas en este sentido parecen demostrar que, a pesar de sus bajos ingresos, ciertos países tienen un alto índice de lo que los expertos llaman "bienestar subjetivo". En otras palabras, "se sienten felices" a pesar de sus bajos ingresos.

El Happy Planet Index (índice del Planeta Feliz) confeccionado cada tres años por el NEF (New Economics Foundation) es otro de los que se enfoca en variables psicológicas más que en económicas, y utiliza la esperanza de vida, la percepción del bienestar y la

huella ecológica como indicadores para medir la felicidad media de los habitantes de cada país. En su versión 2012 quien aparece en el primer lugar del ranking no es una potencia europea ni una poderosa nación emergente, sino un pequeño e inesperado país americano: Costa Rica. Segundo Vietnam y tercero Colombia. Belice, El Salvador, Jamaica y Panamá los siguen en los puestos de vanguardia. Muy relegados en el ranking y "sufriendo" su infelicidad, aparecen Suiza (puesto 34), el Reino Unido (41), Alemania (46) y Francia (50). ¿Argentina? Al menos para quienes confeccionan este ranking todo parece indicar que nuestro espíritu latino es suficiente para sobreponernos a la melancolía del tango, ubicándonos en un sugestivo puesto 17.

¿Qué indicador será el más adecuado para medir el bienestar de la gente? ¿Acaso los económicos de Kuznets –renombrado premio Nobel de economía– son más confiables que los psicológicos de Wangchuck –respetado rey de Bután–?

La pregunta entonces es: ¿Cuánto más tenemos más felices somos? De ser así, el Rey Wangchuck tiene la felicidad asegurada. Según indican sus datos biográficos, él tiene cuatro esposas, el pobre Kuznets apenas una.